

entretengan, dijo, á Arxuna, Drona había hecho esfuerzos inauditos para apoderarse de Yudishtira y hacerle prisionero. Viéndose confundidos los Pandu por la espesa lluvia de flechas enemigas necesitaron un auxilio para volver á tomar la ofensiva y suplicaron á Abhimanyu, cuyo arrojo no tenía rival, que les abriera paso entre las filas contrarias, lo cual ejecutó sin hacerse rogar, cayendo precipitado como un águila sobre el enemigo. Tras él siguieron los demás, pero entonces se interpuso Yayadrata, rey de los sindhu, y Abhimanyu quedó aislado de los suyos y rodeado en un instante por Drona, Kripa, Karna, el hijo de Drona, Kritavarman y Kausalya. El hijo de Arxuna se defendió heroicamente, pero al fin sucumbió despues de haber enviado al otro mundo al rey Brihadbala y á varios príncipes. Arxuna, oída esta relación, juró en su desesperación que al día siguiente mataría á Yayadrata, que había separado de su séquito á su hijo y facilitado así á los otros que le mataran. Este juramento fué saludado por todos los guerreros con espantosos alaridos y toques de timbales y de cuernos.

Los del campamento enemigo supieron por sus espías la promesa de Arxuna de matar á Yayadrata, y éste, temblando por su vida, solicitó de los Kuru permiso para regresar á su país; pero Duryodana y Drona le tranquilizaron, y éste último le prometió que en la batalla le protegería. «Por lo demás, —le dijo,— la muerte es el destino de todos, y si el religioso alcanza las glorias del otro mundo por medio de penitencias, el guerrero é hijo de reyes las consigue por la ley de raza, con actos de valor en el campo de batalla.» Con esto quedó reanimado Yayadrata, y en el campamento de los Kuru estalló también la gritería belicosa y se oyeron los toques de los cuernos marinos.

Crishna reprendió á Arxuna por su juramento impremeditado, diciendo que si no llegaba á cumplirlo, se exponía temerariamente á la risa del enemigo; cosa muy posible, porque el enemigo, al saber por sus espías el peligro que amenazaba á Yayadrata, había destinado á la defensa de éste cinco de sus mejores campeones. Arxuna le calmó diciendo que unido á él no había victoria imposible y que se atenia á su juramento. En seguida Crishna fué á consolar á la joven esposa del difunto y con ella á Draupadi, que mezclaba sus lamentos con los de la viuda. Despues, queriendo proteger desde su carro propio á Arxuna, se entendió con su auriga á fin de concertar con él lo necesario para el día siguiente, y pasó luego el resto de la noche al lado de su amigo. Aquí refiere el poema que los dos fueron aquella noche por arte mágica al otro lado del Himalaya, donde mora el dios Siva, según la tradición, para obtener de él un arco de virtud divina. El dios oyó sus súplicas y les dijo que encontrarían lo que buscaban á orillas del lago de Amrita (lago del néctar de la inmortalidad). Al llegar allí se les presentaron dos serpientes que á su vista se transformaron en arco la una y en flecha la otra; Arxuna las cogió y los dos amigos regresaron al campamento. Este episodio es uno de los muchos que han sido interpolados en el poema en época relativamente moderna, cuando existía ya el culto de Siva.

Amaneció, y los heraldos, los cantores de himnos y los distribuidores de comestibles despertaron á los dormidos dando palmadas, tocando cuernos y otros instrumentos. Yudishtira dejó su lecho, y muy animoso porque el día empezaba bajo augurios favorables, hizo sus abluciones y plegarias y se puso su reluciente armamento. Pronto se juntaron sus hermanos, Crishna y demás adalides principales. El rey abrazó á Arxuna y le deseó como á los demás buena suerte. Arxuna, en cambio, manifestó á todos su confianza en el buen éxito de su empresa y seguidamente indicó á cada uno su puesto; á Yuyudana encargó para aquel día y en su lugar

la defensa y custodia del rey, ya que él había de pelear con Yayadrata contando con el auxilio de Crishna.

Drona, al tomar sus disposiciones para la jornada que se preparaba, colocó al amenazado rey Yayadrata á retaguardia y encomendó su protección á Karna. Allí tomaron también posición Duryodana y otros príncipes. En la primera línea estaban los hermanos de Duryodana, Durmarchana, Dusasana y Vikarna, que ardían en deseos de medir sus fuerzas con el enemigo. En el centro se situó el mismo Drona en su magnífico carro de guerra.

Millares de grajos revoloteaban en el aire esperando su horrible festín; ofase por todos lados el aullido de los chales hambrientos cuando Arxuna avanzó en su carro, veloz como el rayo, contra la línea enemiga, donde estaba Durmarchana; atravesó la línea de elefantes y sembró el terror entre los enemigos, que creían verle en todas partes á la vez segando cabezas de guerreros como si fuesen nueces de coco maduras. Dirigióse contra él Dusasana con sus guerreros montados en elefantes; pero las flechas de Arxuna les derribaron á pares. Dusasana retrocedió aterrado replegándose sobre Drona perseguido por Arxuna, hasta que éste por consejo de Crishna les dejó para buscar á Yayadrata. Interpusieron primero Kritavarman, que pronto huyó; luego Srutayuda, que quedó muerto de un golpe de rechazo de su propia clava; éste fué reemplazado por un rey de Cambodja llamado Sudaxina, que cayó para no levantarse mas, con el pecho atravesado de una flecha de Arxuna. En seguida se le opusieron Srutayoy y Achintayoy, dos guerreros formidables que llegaron á aturdir á Arxuna con sus proyectiles y en este estado le arremetieron tan recio, hiriendo el uno con su venablo y el otro con su lanza afilada, que creyéndole los demás ya perdido, dieron un terrible alarido de victoria. Mas Crishna levanta y anima á su amigo y Arxuna derriba al fin á sus dos contrarios, detrás de los cuales envía al otro mundo á sus hijos, que acudieron para vengar la muerte de sus padres. Igual suerte cupo un instante despues al rey de los ambashtas.

Al presenciar tantas desgracias, Duryodana reconvinó á Drona el abandono en que tenía á tanto adalid valiente, pero éste solo pensaba en su proyecto de apoderarse de Yudishtira. Para ello tenía que sostener combates áridos, primero con Drishtadyumna y luego con Satyaki, cuyos combates atrajeron á otros jefes de ambos ejércitos con sus fuerzas, de suerte que por aquella parte hubo una lucha empeñada y general.

El sol entretanto había ya pasado el meridiano, y Arxuna empezaba á sentirse fatigado, lo mismo que sus caballos, que con varias flechas enemigas en el cuerpo estaban devorados por la sed. Entonces Arxuna, que acababa de matar á los dos hermanos Avantya, saltó en tierra, tuvo á raya á la multitud de enemigos que iban á precipitarse sobre él, tendiendo con sus certeras flechas á los mas atrevidos, y con otro flechazo hendió el suelo, de cuya abertura brotó al instante una fuente cuyas aguas formaron al poco rato un gran charco. En él los pobres caballos apagaron su sed y se rehicieron mientras Crishna les extraía las flechas. Los guerreros que esto vieron quedaron estupefactos, pero Arxuna volvió á subir á su carro y continuó luchando para abrirse camino hacia donde estaba Yayadrata. Por fin llegó á verle, bien que todavía le separaba de él un gran trecho, cuando se arrojó al paso Duryodana, confiando en la coraza que Drona le había dado. El sonido terrible del cuerno marino aterró á sus guerreros y á sus caballos, que pronto cayeron atravesados por las flechas de Arxuna, y viéndose Duryodana poco menos que solo, se retiró para volver á cerrar el paso á su enemigo con ocho príncipes, entre ellos el hijo de Drona, el rey Salya y Karna, que estaban encargados de la defensa del rey Yayadrata. Las

flechas de Arxuna caían sobre estos tan espesas que parecían lluvia, y algunas alcanzaron á Yayadrata.

Entretanto Drona había cerrado con el acompañamiento de Yudishtira; pero Yuyudana había cumplido como buenoy en unión de Bhima había rechazado victoriosamente todos los ataques de Drona. Viéndose Yudishtira libre de su tenacísimo y temible contrario, quiso que Yuyudana corriera al auxilio de Arxuna, contra el cual se había dirigido también Drona. Yuyudana obedeció, despues de hacer objeciones, porque había prometido no apartarse del lado de Yudishtira. Fuése, pues, y despues de sostener varios combates, ya con Drona y Kritavarman, ya con Shalasanda, uno de los hermanos Kuru, que murió heroicamente en la pelea, ya con Duryodana, y finalmente con Dusasana, llegó á donde estaba Arxuna, que peleando sin cesar se había aproximado ya mucho á Yayadrata.

La inquietud de Yudishtira, que entretanto ninguna noticia recibía de Arxuna, creció de tal modo, que se deshizo también de Bhima, enviándole al socorro de su hermano. Bhima partió despues de confiar la defensa de Yudishtira á Drishtadyumna, y en el camino tuvo que sostener terribles combates con Dusasana, Drona y los guerreros que estaban á sus órdenes. Cuando finalmente llegó á la vista de su hermano, dieron ambos un grito tan formidable que llegó hasta los oídos de su hermano mayor y le tranquilizó muchísimo. Presto se arrojaron contra Bhima los hermanos de Duryodana, que estaban cerca de Yayadrata, y Karna. En la lucha que tuvo que sostener contra este último fué destruido el carro de Bhima, pero acudió á su auxilio Arxuna, ante cuyas flechas huyeron al fin Karna y el hijo de Drona que le secundaba.

Yuyudana luchó entretanto con Burisravas, el rey de los bahlikas, con tan mala suerte que al fin cayó y su adversario se echó sobre él, y poniéndole una rodilla al pecho, había ya levantado el brazo para darle el golpe de gracia cuando una flecha de Arxuna le destruyó el brazo. Yuyudana, libre ya, sacó su espada y cortó la cabeza á su enemigo, ya desarmado y sin brazo. Así murió Burisravas, y con su muerte se cumplió una antigua profecía.

El día declinaba rápidamente y todavía no había podido cumplir Arxuna su promesa. Hizo dirigir su carro contra Yayadrata, que estaba defendido por adalides como Karna, Kripa, Asvatarman, Salya, Vrishasena y Duryodana. Estos no tardaron en ser heridos mas ó menos gravemente por las flechas de Arxuna, quedando fuera de combate y teniendo que retirarse de la lucha. El sol iba á desaparecer debajo del horizonte y Crishna instó á su amigo á que concluyera su obra; entonces tendió Arxuna su arco, silbó la flecha y cortó la cabeza de Yayadrata: Arxuna había cumplido su promesa, y lo anunció á los suyos tocando su cuerno marino á tiempo que el sol despedía sus últimos rayos. Pero esta vez no cesó la lucha sino que volvió á encenderla súbitamente Duryodana. Este reconvinó á Drona, como antes había reconvenido á Bhishma, por haber guardado consideraciones á los hermanos Pandu y especialmente á Arxuna, su antiguo discípulo favorito, permitiendo con esta conducta que pereciesen uno tras otros los amigos mas valiosos de los Kuru; Drona le contestó como merecía, pero Duryodana volvió á sus reconvencciones en presencia de Karna, el cual le dijo que la culpa no era de Drona sino del destino, y que él debía sobreponerse varonilmente al destino obrando con firmeza. Esto inflamó su valor, reunió sus fuerzas y rodeó á Yudishtira; pero un flechazo de éste le dejó tan aturdido que cayó tendido en su carro. Entonces acudió Drona con su gente, pero los pancalas, matsias, salvas y otros aliados de los Pandu, mandados por sus respectivos príncipes y jefes, resistie-

ron heroicamente. La batalla se hizo general y puntos hubo donde no se distinguieron amigos y enemigos.

Bhima hizo destrozos en las filas de las masas enemigas, como Drona los hizo entre los aliados de los Pandu; pero Arxuna detuvo á los que huían y cargó con ellos á los contrarios, á quienes obligó con el auxilio de Bhima á pronunciarse en retirada. Lo mismo tuvieron que hacer Karna y Kripa, que acudieron al socorro de Drona para complacer á Duryodana. Fué aquella una noche horrorosa; pero la hueste de los Pandu, guiada por Drishtadyumna y Yuyudana, había rechazado victoriosamente el terrible ataque nocturno. Mucho contribuyó, por supuesto, Arxuna á este éxito. Huyendo en esta feroz pelea nocturna las masas de los Pandu ante el terrible Karna, quiso Arxuna pelear con él y acabar de una vez con aquel temible adalid de los Kuru; pero Crishna le detuvo, y propuso en su lugar á Gatokacha, el hijo que Bhima había tenido de la gigante en la selva donde hicieron la primera parada en su vida errante. Gatokacha aceptó la misión y prometió que se hablaría de su combate con Karna mientras el mundo existiese.

La lucha fué en efecto horrible, porque tomaron parte en ella seres sobrenaturales con armas mágicas también. Dos gigantes que Duryodana envió contra Gatokacha y que podían transformarse á voluntad en otros seres, fueron vencidos por él despues de pelear con fuerza sobrehumana. Muchos otros guerreros de ambos ejércitos llegaron á tomar parte en aquel combate. Apenas se hubo desembarazado Gatokacha de sus contrarios se volvió contra Karna, su adversario principal, y finalmente le puso en tan duro aprieto, que los suyos le dieron ya por muerto. Pero entonces Karna empuñó su lanza, regalo de los dioses, que hasta aquel momento había reservado para servirse de ella solo contra Arxuna en último extremo. Viéndose á la sazón perdido, arrojóla contra el hijo de Bhima y de la gigante, y Gatokacha cayó con el pecho atravesado para no levantarse mas. Inmenso júbilo estalló en el ejército de los Kuru, mientras solo se oían lamentaciones en el de los Pandu, excepto de Crishna, que se alegraba de que Karna matando al hijo de la gigante hubiera perdido su lanza divina, única arma que pudiera haber inspirado temores á su protegido Arxuna.

Bhima, inconsolable por la pérdida de su hijo, pidió en cambio la vida de Drona, y la suerte designó á Drishtadyumna, el hijo del rey Virata de los pancalas, para esta empresa. Acto continuo Drishtadyumna concertóse con otros adalides y con ellos buscó al terrible caudillo; pero en aquel instante la naturaleza humana hizo valer sus derechos: los guerreros mas esforzados tuvieron que ceder algun rato al sueño y al descanso; y lo mismo hubieron de hacer los enemigos, bien que ninguno abandonó su puesto, ni los que iban montados dejaron sus caballos ó elefantes. Éste fué un nuevo motivo que encontró Duryodana para dirigir reconvencciones á Drona, diciéndole que ordenaba el descanso para respetar el del enemigo, y de palabra en palabra se fueron los dos agriando y quedaron reñidos.

Aquella noche la luna, que estaba en su cuarto menguante, salió muy tarde, y apenas hubo aparecido en el horizonte volvió á entablarse la lucha. Arxuna, instado por Crishna y Bhima, atacó el primero al enemigo, pero pronto las flechas de Duryodana, Karna y Sakuni, le advirtieron que los Kuru estaban preparados, y al cabo de poco, volvió á ser la batalla general. La incierta claridad de la luna aumentó la confusión; los Pandu, enterados de la disensión que había estallado entre Duryodana y Drona, avanzaron fogosos, para sacar toda la ventaja posible de esta circunstancia; y Drona, por su parte, furioso, arremetió sin contemplaciones, y al golpe de sus flechas cayeron el rey de los viratas y el de los

pancalas. Drishtadyumna, el hijo del primero, juró vengar la muerte de su padre aquel mismo día ó sucumbir en la demanda; Bhima, que lo oyó, le reprendió por su juramento temerario; mas para facilitarle su cumplimiento, pasó delante para cansar al terrible campeón, á fin de que Drishtadyumna encontrara una resistencia menos enérgica. El astro del día, al enviar sus primeros rayos sobre la tierra, alumbró una inmensa nube de polvo, de la cual salían toques de cuernos y de timbales, y un estrépito confuso y horroroso de armas de las masas combatientes, que á duras penas podían distinguir en la espesa pelea á sus jefes. En medio de aquel torbellino compacto luchaban aquí Duryodana con Nakula, uno de los Pandu mellizos, allí el hermano de éste, Sahadeva, con Dusasana; mas allá Bhima con Karna y acullá Arxuna con Drona; pero poco á poco suspendieron unos tras otros la lucha para contemplar la de estos dos últimos, la del maestro de armas con su discípulo favorito, sin que ninguno de los dos alcanzara una ventaja decisiva sobre el otro. Al fin el mismo Crishna se convenció de que no había que pensar en vencer á Drona en la lid leal con armas iguales, pero creyó que la noticia de la muerte de su hijo Asvatarman le descorazonaría tanto, que llegaría á rendir al anciano héroe. Todos menos Arxuna aprobaron la estratagemata de fingir la muerte de aquel, y como Bhima acabara de matar á un elefante llamado Asvatarman, llegaron en medio de la pelea á oídos de Drona estas palabras: «¡En fin ha muerto Asvatarman!» Mucho mal le hizo, pero dudando si la noticia era verdad, cogió su arco y al impulso de sus flechas, de virtud celestial por ser de brahman, sucumbieron nuevas masas de guerreros; cuando en medio de su furiosa matanza volvió á oír las palabras: «¡Brahman, abandona el campo de batalla; Asvatarman ha muerto!» Al oír esto vió acercarse casualmente á Drishtadyumna, que había ido en busca de su hijo para pelear con él; vió también á Yudishtira, y no creyendo á ninguno de los dos capaz de mentir, preguntó al segundo si era verdad lo que acababa de oír; y habiendo dicho Crishna á Yudishtira que si Drona continuaba matando gente hasta mediodía podían los Pandu dar la batalla por perdida, contestó Yudishtira, medio murmurando y medio en voz alta, de modo que Drona solo pudiera oír claramente las palabras últimas: «Asvatarman ha muerto.» Entonces perdió el brahman su fuerza y quiso morir también. Drishtadyumna aprovechó el desaliento del viejo héroe y le atacó con nuevos bríos; pero Drona se defendió todavía; una flecha suya destrozó el arco que Drishtadyumna tenía en la mano; otra flecha mató á su auriga, y otras destruyeron la vara y las ruedas de su carro. Echaron entonces ambos contendientes mano á sus espadas, pero no manejó Drona ya la suya como solía antes, mientras Bhima excitó con exclamaciones el ánimo de Drishtadyumna, hasta que Drona exclamó súbitamente: «¡Karna, Kripa y Duryodana, esforzaos, y á vosotros, hijos de Pandu, os felicito y rindo las armas!» Diciendo esto arrojó sus armas, y Drishtadyumna saltó en el mismo instante sobre él, blandiendo su espada. «¡No le mates!» le gritó Arxuna, pero Drishtadyumna dió el golpe y arrojó la cabeza separada del tronco á las filas de los Kuru, que aterrorizados y desanimados huyeron. Bhima abrazó á Drishtadyumna y todo el ejército de los Pandu celebró la victoria.

La leyenda añade que antes de poder dar Drishtadyumna el golpe mortal, cinco de los presentes, por una gracia particular de los dioses, vieron el alma de Drona que abandonaba su cuerpo y subía al cielo de Brahma.

Advertidas por Asvatarman, ocupado en otra parte, la súbita huida de los Kuru y la terminación del combate, corrió

cerca de Duryodana para informarse de la causa, y cuando supo que era la muerte de su padre, fueron inmensos su dolor y su ira. No era tampoco toda alegría en el campamento de los Pandu, donde Arxuna reconvino amargamente á Drishtadyumna por haber cortado la cabeza al venerable y desarmado maestro. Bhima defendió al joven, y éste se justificó recordando todas las traiciones é infamias que los Kuru habían hecho á los Pandu; pero esto no calmó el disgusto de Arxuna, que temía que contra el arma sagrada de Drona, que á la sazón estaba en poder del hijo, la suya sería ineficaz. No obstante, cuando vió en el combate que volvió á encenderse, que Bhima se encontró con Drishtadyumna y Satyaki á punto de sucumbir á los golpes del mismo hijo de Drona, acudió al auxilio de sus hermanos y les salvó, porque Asvatarman huyó ante sus mortíferas flechas.

Duryodana y todos los príncipes y jefes de su familia y partido visitaron en su tienda á Asvatarman, tomando parte en su dolor; y al llegar la noche se retiraron para descansar y reunirse temprano alrededor de Duryodana, á fin de proceder á la elección de otro jefe superior en reemplazo del difunto Drona. Eligieron unánimemente á Karna, en el cual Duryodana cifraba toda su esperanza después de haber perdido á Bhisma y Drona. Karna, proclamado solemnemente, había alcanzado la jefatura suprema en la guerra, objeto final de su ambición, y en cambio prometió vencer á los Pandu y á Crishna.

Aquel día, el décimosexto de la lucha y el primero del mando de Karna, contaban los dos reyes, Duryodana y Yudishtira, con la victoria; pero ninguno alcanzó ventajas decisivas, si bien las fuerzas de los Pandu, que habían formado su línea de batalla en semicírculo, conservaron la superioridad alcanzada hasta entonces, porque sus contrarios perdieron aquel día varios campeones notables, entre ellos al feroz Xemadhurti y tres hermanos de Duryodana llamados Vinda, Anuvinda y Chitra. La mayor parte del día Arxuna tuvo que pelear con los príncipes de los kalingas, angas, bangas y nishadas, que habían hecho juramento de matarle. Esto no le impidió derrotar de paso también á Asvatarman, que antes había ya recibido de Bhima un ataque tan duro que fué sacado de la pelea sin sentido. Después Arxuna venció también á Dauda y Daudadhara, ambos guerreros esforzadísimos y príncipes de los maghadas.

Nakula llegó en el curso de aquella jornada á medir sus fuerzas con Karna, pero éste, que según dijimos en su lugar había prometido á su madre no llegar á un extremo funesto con ninguno de los hermanos Pandu exceptuando á Arxuna, se desembarazó en breve del mellizo. El otro mellizo, Sahadeva, atacó y derrotó á Dusasana; en cambio Asvatarman luchó con un príncipe pandya y le dejó cadáver. Arxuna se libró de los continuos y molestos ataques de sus contrarios juramentados, de los cuales los principales eran los reyes ó jefes de los trigartas, matando á muchos de sus guerreros notables como Satrunchaya, Chitrasena, Mitrasena y Salyasena, que había herido á Crishna en el brazo, pero cuya cabeza un momento después cayó en tierra cortada por uno de los mortíferos proyectiles de Arxuna. Esta muerte hizo huir á la desbandada á toda la cohorte de los juramentados. Duryodana, Asvatarman, Kripa y Kritavarman habían peleado entretanto con Yudishtira y Bhima, pero al fin habían tenido que renunciar á su combate estéril; y cuando el día iba declinando, se dirigieron contra Arxuna, á quien acometió también Karna. Acudieron sucesivamente al combate gran número de otros guerreros de ambos ejércitos; pero finalmente la noche puso término á la lucha y todos se retiraron á sus tiendas.

Al alba del día siguiente dejaron unos y otros sus lechos y

se prepararon para continuar peleando. Karna, que en la noche anterior había prometido á los suyos que el día siguiente sería decisivo, se dirigió al romper el día á ver á Duryodana en su tienda y le dijo: «Hoy, oh rey, mataré á Arxuna ó él me matará á mí.» Para no ceder en nada á su enemigo quiso como él tener un rey por auriga, y eligió á Salya, el rey de Madra. Duryodana prometió hablar con Salya y fué á verle; pero éste consideró semejante ofrecimiento como un ultraje y dijo que en adelante no tomaría parte alguna en la lucha. Al fin Duryodana, á fuerza de ruegos y reflexiones, contándole entre otras cosas que un ascendiente suyo había servido de auriga á los dioses en su guerra contra los asuras, consiguió que Salya aceptara, bajo la condición de que conservaría la libertad de dar su opinión y aun de reprender á Karna cuando lo creyera oportuno.

Resplandecientes cual otros dioses Sol y Fuego, cual Aditya y Agni, parecían Karna y su régio auriga Salya cuando recorrieron el campo de batalla en el carro de guerra del primero; pero Salya, fuese por lo que había prometido á Yudishtira ó fuese por despecho, no cesó de hacer amplio uso del derecho de hablar que se había reservado, y con sus contestaciones y observaciones mordaces y malignas disgustó tanto á Karna que éste, desesperado, le amenazó con matarle antes que á Arxuna y Crishna si no callaba. Fué menester que Duryodana interviniera para que las cosas no llegaran al extremo. Arreglado ya esto, gritó Karna: «¡Adelante!» y hacía el enemigo se dirigieron los dos en su carro.

Entretanto, Arxuna había formado en orden de batalla las huestes defensoras de la causa de su familia; á su frente Drishtadyumna, y los demás jefes cada uno en su puesto. Yudishtira indicó á cada uno el personaje del ejército enemigo á quien debía tomar por blanco de sus ataques personales; y no tardó en resonar en todo aquel dilatado campo el estrépito de la guerra. Arxuna se vió atacado otra vez por el enjambre de los juramentados, sedientos de su sangre, pero que caían diezmados como espigas maduras al golpe de sus terribles proyectiles. Los pancalas, los cedis, los sirindchayas y otros pueblos aliados estaban con sus jefes peleando con masas enemigas. Karna con sus tres hijos, uno á cada lado de su carro y otro detrás, se abalanzó contra Arxuna y los que le rodeaban; sus tres hijos, que se mostraron dignos de su esforzado padre, fueron heridos por Bhima y Satyaki y sacados del campo de batalla. El combate se generalizó en un instante y en él Karna se encontró con Yudishtira, que como otros adalides de su partido, trataba de apartar á Karna de Arxuna. Karna, aunque cubierto de heridas, llegó á tener casi en su poder á Yudishtira, pero acordándose en este momento de la promesa que tenía hecha á su madre, mandó á Salya que dirigiese el carro á donde estaba Bhima, asediado ya por Sakuni, Sambala y los hijos de Dritarashtra. Salya obedeció, dirigiendo á Karna varias pullas envenenadas en forma de consejos. Bhima, al divisar á Karna, desprendióse de Satyaki y Drishtadyumna, á quienes envió al lado de su hermano mayor, diciendo que quería jugarse solo su vida para acabar con Karna y con la plaga de la guerra. Formidable fué la pelea entre los dos adalides, pero finalmente quedó Karna fuera de combate y fué sacado del campo sin sentido. Bhima, libre ya de este adversario, volvió á emprender la lucha contra Duryodana y sus hermanos, que le rodeaban, molestándole con sus ataques como las polillas revolotean alrededor de una luz. Su terrible maza dió cuenta de ellos, y á pares pasaron á las eternas moradas de Yama. Entretanto Karna se repuso y volvió al campo de batalla y al ataque. La lucha fué espantosa; los dos adalides se destrozaban mutuamente sus arcos, armaduras y cuerpos con sus proyectiles; Karna vertía sangre por muchas heridas, y

Bhima había quedado sin caballos, sin auriga y sin carro; sin embargo, ninguno de los dos cedió. Bhima echó mano de su clava y esto bastó para ahuyentar aterrados á los demás guerreros de los Kuru que asediaban al formidable Pandu, pero acudieron otros y otros, y la batalla se hizo allí general y degeneró en una matanza como jamás se había visto otra igualmente horrible. Los Kuru lanzaron contra Bhima hasta elefantes, pero la clava de Bhima dió cuenta de aquellos animales gigantes como de los guerreros. El suelo estaba cubierto de cadáveres de unos y otros, de caballos muertos y de carros destrozados, de armas y joyas, de cuerpos y miembros cortados y mutilados, entre los cuales se revolcaban y se movían heridos y moribundos, cuyos ayes salían de entre montones de cuerpos yertos. Algunos llamaban á los seres que mas querían; otros clamaban por sus padres y hermanos para que acudiesen á vengar su muerte; la sangre tiñó el agua de los ríos, en cuya superficie flotaban cadáveres y objetos destrozados; las fieras de las selvas y del aire, chacales, lobos, buitres y otros carnívoros se hartaban de sangre y de carne en asqueroso banquete, sin que nadie los ahuyentara, y todo esto se hallaba envuelto en una espesa nube de polvo. Las fuerzas y glorias de los Kuru iban menguando como las de los tripulantes de un buque naufrago.

Arxuna estaba peleando duramente con los juramentados, que hacían llover sus flechas sobre él, sus caballos y su auriga. Uno de ellos, Susarman, le hirió á él y á Crishna, y otros lograron saltar sobre el carro. Crishna les cogió, como elefante enfurecido, y les arrojó al suelo, mientras Arxuna tomó las correas que formaban los dos asientos y haciéndolas servir de lazo enganchó á los que asediaban su vehículo y el tiro, y les mató uno tras otro. Estaba desembarazándose de esta manera de los enemigos que mas de cerca le amenazaban cuando le tocaron en la región del corazón, sucesivamente, tres flechas del rey de los trigartas, que le hicieron tambalear y caer. Un inmenso grito de júbilo hendió los aires y fué seguido por los broncos toques de los cuernos marinos de los Kuru; pero ya se había vuelto á incorporar Arxuna, y siendo otra vez su arco divino despidió tal lluvia de flechas, que sus agresores corrieron á colocarse á distancia mas prudente que antes.

Los Kuru hicieron esfuerzos heroicos para rehacerse y sus adalides principales desplegaron un arrojo desesperado; Kripa mató los caballos y al auriga de Sikhandin y le destrozó el arco en la mano; Kritavarman dió mucho quehacer á Drishtadyumna, á Yudishtira y á sus dos hermanos mellizos, y Karna no dejó descanso á Bhima ni á los que estaban con él, que eran los guerreros karushas, kekayas y sirindchayas. El mas furioso era, sin embargo, Asvatarman, el hijo del difunto Drona, que dirigió sus flechas á Yudishtira y á los que con él estaban. El rey Pandu, Yudishtira, le gritó que mas le valdria, como hijo de brahman, dedicarse á otras obras y no á la matanza de sus semejantes, y que á pesar de esto vería la derrota completa de los Kuru. A esto solo contestó el hijo de Drona con una lluvia de flechas, y Yudishtira se dirigió con los suyos hacia donde se concentraba empeñada la acción principal, que era donde había cerrado Karna con Bhima y Duryodana con los dos hermanos mellizos, Nakula y Sahadeva, y otros caudillos del ejército de los Pandu. Karna luchaba como un león; ni Bhisma ni Drona habían desplegado igual furor, fuerza y destreza, y eran espantosos los destrozos que causaba á los guerreros cedis, pancalas, karushas y otros.

Cuando Arxuna se hubo desembarazado de los juramentados y de su gente, suplicó á Crishna que le llevase adonde veía ondear la bandera de Karna; Crishna excitó á los caballos, los cuales corrieron como el viento con su carro adonde